—En cambio, continuó doña Tula, tenemos que dar á vd. una buena noticia.

—¿Cuál?, pregunté reanimada, creyendo que se refería á Teodoro.

—Que Gabriel ha salido regularmente de la prueba, prosiguió el doctor.

—¿De cuál prueba?, insistí.

—De la prueba de la sorpresa, contestó doña Tula; de la sorpresa que le causó la suspensión del matrimonio y la partida de Teodoro.

—Antes de dársela, continuó el doctor, nos prevenimos para un caso funesto. Dos compañeros y el sacerdote estaban conmigo.... Yo fuí quien le dió la noticia. Creí de pronto que no me había oído, porque no dió señales de ello; pero se la repetí dos ó tres veces en voz alta, y al fin abrió trabajosamente los ojos y movió los párpados para hacerme comprender que me había entendido. No le dije ya más, y aguardé lleno de ansiedad. Se le colorearon un poco las mejillas y su respiración se hizo más precipitada. Mis compañeros y yo le hicimos aspirar algunas sales para darle fuerzas, y continuamos en observación. Por fortuna, el estado de excitación fué calmándose paulatinamente. Al fin, entró en reposo y pareció dormir unos instantes. A la madrugada habló algunas palabras incoherentes; pero cuando le pregunté cómo se sentía, pudo reconocerme

y me contestó que algo mejorado. Ahora su pulso está menos débil y menos frecuente, y es más regular.

—Yo también le veo mejor, continuó doña Tula. Aunque no soy doctora ni entiendo nada de medicina, puedo asegurar que está mejor.

—Dios ha de querer que nuestro sacrificio no sea estéril, concluí al ver cuán honda y sentida era la alegría de mis bienhechores.

Pero no pude decir más. En aquellos breves momentos se libraba en mi corazón una terrible lucha. Pensaba que si Gabriel mejoraba, tardaría Teo en volver; y que si se moría, volvería luego. Pero no podía desear que se muriese el enfermo, ni que se prolongase la ausencia de Teo. Confusa, guardé silencio, y procuré no desear nada, confiándolo todo á la misericordia de Dios.

XIII

He sido engañada, traicionada, burlada. Teodoro no me ama ni me ha amado nunca. No quiere casarse conmigo; nunca seré su esposa.

Al trazar estas palabras, siento que la tierra se hunde bajo mis pies y que el cielo se desploma sobre mi cabeza; se hace

en mi derredor un gran silencio, y me veo sola, infeliz, sin esperanza. No hay mujer en el mundo que haya querido más que yo, que haya sido más sincera, ni que haya entregado más completamente su alma, su porvenir y su vida al objeto de su amor. Ví en Teodoro al joven hermoso, leal y bueno, digno de ser no sólo amado, sino adorado; y lo embellecí en mi imaginación prestándole todos los atributos que pueden hacer grande y noble á una figura amada. Creí en él y en sus palabras como en las de un ángel; y me hubiera dejado martirizar, crucificar, hacer pedazos por esa fe profunda que me inspiraban su bondad y su cariño.

¿Qué le había hecho yo para que me hiriese en la mitad del corazón? ¿Qué acción mía pudo despertar en él la saña despiadada con que me ha atormentado? ¿Por qué me aborrecía más, á medida que yo le quería con mayor arrebato?

Lo que más me sorprende es su habilidad para el fingimiento. Quien le hubiera visto palidecer ó ruborizarse delante de mí, mirarme con expresión apasionada, sonreírme con dulzura, hablarme con lágrimas en los ojos y rodearme de tantas atenciones y finezas, nunca hubiera podido suponer que no me quisiese de veras.

Y luego ¿para qué todo eso? ¿Qué se propuso al engañarme? Nos hubiéramos

tratado como hermanos, nos habríamos estimado como amigos, si él lo hubiese querido; y jamás hubiera lastimado mi corazón ni me hubiera hecho derramar lágrimas. Pero se empeñó en inspirarme otro afecto, y á fuerza de juramentos y de ruegos, acabó por conquistar todo mi albedrío.

Soy una pobre huérfana que debe cuanto es á la infinita bondad de dos almas nobles. No dolerse de mí, no tener compasión de mi suerte, y hacer ludibrio de mi desamparo, es manifestarse indigno de sus padres. Nunca hubiera sospechado que aquel Teo tan dulce fuese capaz de tamaña traición con una mujer infeliz, que no ha cometido más delito que el de quererle.

Han pasado seis meses desde que Teo salió de esta ciudad, y de entonces acá, no me ha escrito una sola carta. Al principio lo atribuí á sus viajes constantes, y á que no tendría tiempo para nada. Supe al fin que estaba en México, y que allí había fijado su residencia. Pero en vano continué esperando sus letras, las que habían de consolarme, las que habían de infundirme aliento, las que habían de darme esperanza. Su silencio ha sido espantoso. Algunas veces pensé escribirle; pero el sentimiento de mi dignidad se ha rebelado. No, no soy yo quien ha debido solici-

tar sus atenciones; es él quien ha tenido que satisfacerme y que buscarme. Entretanto, hace medio año que no veo á la luz de mis ojos y que no endulzo mis labios con el nombre de Teodoro, con ese nombre que me es tan querido y que hace palpitar tan locamente mi corazón.

Siempre que me he quejado con don Javier ó con doña Tula de la ingratitud de su hijo, le han defendido diciendo que es bueno, que están persuadidos de su bondad y que no debo creer de él sino lo mejor. Su lenguaje me ha sorprendido mucho, y más todavía su silencio respecto á la causa de la extraña conducta de Teodoro.

No sólo siguen queriéndome como siempre, sino que parecen quererme más todos los días. Me colman de atenciones, me rodean de finezas, y me tratan en todo como á persona de su casa y familia. Aquí hay un misterio que no alcanzo á descifrar. Porque si los padres de Teodoro son buenos ¿por qué no se indignan de la conducta de su hijo? Y si me quieren ¿por qué no levantan su destierro? ¡Qué horrible es la incertidumbre! Por poco no me han vuelto loca por una parte el silencio de Teo, y por otra, la fe de sus padres en su rectitud, la estimación que le siguen profesando y la serenidad con que ven su proceder. En el fondo de mi corazón bri-

llaba latente una débil esperanza; aguardaba que este cruel misterio llegase á disiparse, y no estimaba imposible que algún día volviese á mi lado el ausente, más cariñoso y rendido que nunca.

Voy á decirte cómo he salido del error.

Para eso, debo poner en tu conocimiento que Gabriel está inconocible. Desde el día en que la crisis predicha por los doctores se manifestó, ha seguido en constante progreso su restablecimiento. Han cesado los espasmos, los accesos de asfixia se han hecho raros y las fuerzas han ido volviendo paulatinamente á su organismo. Así que, puedo ya ver al enfermo y consagrarle mis cuidados, pues mi presencia no le produce ya los antiguos trastornos. Pensando que es hermano de Teodoro, profundamente lastimada por sus sufrimientos, y no hallando otro desahogo á mi anhelo de consagración á nobles objetos, he tomado á pechos velar por su salud y hacerle llevadera su difícil convalecencia. Así también he procurado dominar mis malas pasiones, que solían inspirarme sentimientos perversos contra ese pobre joven exangüe y medio difunto.

Por su parte, se manifiesta Gabriel muy complacido de mi compañía y sumamente reconocido por mis cuidados. Así he pasado á la cabecera de su cama días tras días en constante coloquio con él, ó leyéndole

libros de su agrado, para hacerle menos pesada la inacción.

La gratitud que me tiene es tan grande, que algunas veces, al darle alguna medicina ó prestarle cualquier servicio, se le han llenado los ojos de lágrimas y me ha dicho con acento conmovido:

—Ester, Dios se lo pague; es vd. un ángel.

En el fondo de la conciencia, te confieso que hallo una satisfacción exquisita en aliviar las penas de Gabriel, y mayor todavía en pagarle de esta manera los males que indirectamente me ha hecho. El nunca podrá saberlo; pero yo sí lo sé, y este conocimiento me eleva á mis propios ojos.

Nunca habíamos hablado Gabriel y yo de la ausencia de su hermano. Parecía que había un convenio tácito entre los dos para hacer punto omiso de ello: yo por temor de sobresaltar su sistema nervioso, y él por consideración á mi abandono.

Al fin, como el joven ha recobrado las fuerzas, ha dejado el lecho y está algo más sosegado, me he atrevido á tocarle ese punto. No pudiendo sacar nada en claro de mis conversaciones con el doctor y su esposa, no me ha quedado otro camino que seguir, para salir de mis dudas.

Esperé, pues, un día en que estuviésemos solos, y cuando me hube cerciorado de que nadie nos oía, le hablé de esta manera:

—¿Qué sabe vd. de Teodoro?

Se sobresaltó al oírme, y me miró con ojos suplicantes. Yo insistí:

—¿Qué sabe vd. de Teodoro?

—Está en México, repuso procurando serenarse.

—¿Bueno?

—Bueno.

Callamos un momento: yo convulsa, él lívido.

—Creí que estuviese enfermo, proseguí con voz velada por la emoción.

—¿Por qué?

—Porque no me ha escrito.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se fué.

Callamos de nuevo, ambos muy agitados. Yo no apartaba los ojos de su semblante, procurando hallar en sus menores contracciones alguna luz que me iluminase. Gabriel, presa de visible malestar, procuraba evitar mis miradas. Al fin, exasperada, abordé el asunto con resolución.

—Por caridad, le dije juntando las manos, sáqueme vd. de la horrible tortura en que vivo. Dígame vd. la verdad, aunque sea muy cruel y dolorosa. Todo es preferible á mi situación.

—No comprendo lo que quiere vd. decirme, repuso.

—No es verdad.

—Seriamente, se lo aseguro.

—¿No quiere vd. ahorrarme el sonrojo? Pues se lo diré con todas sus letras. ¿Qué significa la conducta de Teodoro?

—¿Su ausencia?

—No, su desvío, su silencio, su ingratitud.

—No me pregunte vd. esas cosas, porque las ignoro, repuso con alarma. ¿Qué quiere vd. que sepa desde mi alcoba? Siempre postrado en el lecho, ó recluido en este sillón....

De ese modo, el enfermo, resguardándose con sus dolencias, procuraba como las tortugas, meterse en su carapacho, y no ver, ni oír, ni saber nada; pero resuelta á despejar la incógnita y perdida toda moderación, no le permití gozar de aquel refugio.

—No tienen ustedes piedad de mí, le dije casi llorando. Los padres de vd., todos los de esta casa han formado una liga para torturarme. Hacen bien. ¿Qué compasión merezco? Demasiado hacen con tenerme en su casa.

Mis palabras vulgares é injustas me repugnaban á mí misma; pero decidida á saberlo todo, á cualquiera costa, no me detuve.

Las mejillas del convaleciente se arrebolaron, le temblaron los labios, vaciló un momento, y luego exclamó:

—No sea vd. mala. Usted bien sabe que

todos le tenemos un afecto acendrado; y que yo en particular le consagro una devoción infinita.

—Pero entonces ¿por qué se complacen en atormentarme?

—Nadie tiene esa complacencia.

—Suponiendo que no se complazcan en ello; el hecho es que me atormentan.

—¿Le he dado á vd. motivo de queja?

—Sí: no es franco conmigo. No quiere decirme la verdad, y con sólo eso me hace sufrir mucho.

—Ignoro á qué verdad hace vd. referencia.

—Ya se lo dije: á la significación de la conducta de Teodoro.

—De eso no sé nada; no es cosa mía.

—Sí; vd. lo sabe, pero no quiere decírmelo.... ni le importa verme sufrir.

Ví en el rostro de Gabriel retratada una lucha penosa. Parecía que iba á hablar, pero callaba. Yo continuaba observándole con ojos interrogadores, y él ora apartaba de mí los suyos, ora volvía á verme, presa de visible inquietud.

—¿Lo ve vd.? insistí apoyando la presión en el punto sensible, vd. no se interesa por mí; nada significa para vd. verme en ridículo y desairada; no me tiende la mano ni me protege.

Mis palabras causaron en el ánimo de Gabriel todo el efecto deseado. Le ví po-

nerse pálido y respirar anheloso, como si le comenzara la asfixia. Me miró larga y profundamente, y extendiendo la mano como para hacerme callar, repuso con vehemencia:

—No; le prohibo á vd. que diga eso. Me ofende que lo diga y hasta que lo piense. Bien sabe Dios que muy otros son mis sentimientos.

—Pues demuéstremelo, respondí. No me bastan las palabras: quiero los hechos.

—¿Qué quiere vd. que le diga?

—¿A qué preguntármelo tanto? Se lo he dicho muchas veces. La verdad, toda la verdad. ¿Por qué no me escribe Teodoro? ¿Qué significa su silencio?

Pareció vacilar todavía; pero leyó en mis ojos una voluntad tan firme, una interrogación tan apremiante y una súplica tan dolorida, que haciendo un gran esfuerzo, me dijo:

—Pues bien, ya que vd. se empeña en saberlo, se lo diré; pero ¿tendrá vd. fuerzas?....

—No me faltarán, repuse; no tenga vd. cuidado.

—Teodoro calla:...

—¡¡Calla!!.... Prosiga vd.

—Porque quiere que vd. entienda....

—¿Qué?

Volvió á vacilar.

—¿Qué no me quiere ya?, proseguí.

No atreviéndose á afirmarlo con los labios, lo hizo con la cabeza.

No pude hablar; me ahogaron los sollozos. Aquella verdad por tanto tiempo entrevista, se me presentó clara y distinta. Pareció que un gran peso se había desplomado sobre mi corazón. Quedé anonadada y lloré mucho, mucho. Entretanto, Gabriel guardaba silencio también, respetando mi dolor, y yo, aunque no le miraba, sentía sobre mí sus ojos compasivos.

Al fin pude desahogar mi angustia balbutiendo:

—¡Ingrato! ¡Quién lo hubiera pensado!.... No hice más que quererle y él me destroza el corazón.... Bien hace en tratarme de ese modo.... ¿Qué consideraciones merezco?.... Soy una mujer infeliz que vive de la caridad.... Conmigo se puede hacer cuanto se quiera.

—Ester, me interrumpió Gabriel con acento de reproche, no tome vd. las cosas por ahí. Y sobre todo, no envuelva vd. á todos en sus acusaciones. Aquí todos la queremos y la respetamos....

—¿Y Teodoro?, exclamé.

Gabriel no respondió.

—Otro favor, proseguí sollozando. Quiero saber la causa del resfrío de su hermano.

—La ignoro; si la supiera, á fe de caballero se la diría.

Alcé los ojos y le ví fijamente. El me miró también, y leí en los suyos la sinceridad de su respuesta.

—No creo haberle dado motivo de queja, continué. Le quise de verdad y con toda el alma. Tal vez haya sido ese mi delito.... Debí habérselo ocultado, y no haberle dicho todo lo que le quería. Los hombres, cuando se sienten queridos, se llenan de engreimiento.... Pero yo no tengo arte, ni disimulo, y creí que él también era sencillo, y que carecía de doblez.

—Excúselo vd., Ester, en todo caso, es un desgraciado. Suponiendo que mi pobre hermano abandone á vd. por esa causa, ó por ambición, ó por codicia, ó por cualquier otro motivo, perdónele; sea generosa. Usted, que es buena, vd. que es un ángel, no sabe lo que son las pasiones, ignora hasta dónde pueden conducir á las almas más buenas.

—No, repuse; no le perdono. Sería hipócrita si lo dijera. Su falsedad y su felonía no merecen mi generosidad..... Ni ahora ni nunca.

En esto entró doña Tula y cortó nuestro diálogo.

—¿De qué se trata?, dijo alarmada al ver mi actitud.

—Hablamos de Teodoro, repuso Gabriel con embarazo.

—Todo lo sé, señora, exclamé llorando y con voz de reproche.

—¿Qué sabe vd., hija?, volvió á preguntar doña Tula.

—Que Teodoro me ha engañado, que desde que se fué lo hizo con el propósito de romper conmigo.

—¿Cómo lo sabe vd.? ¿Quién se lo ha dicho?, exclamó la buena señora pretendiendo disimular todavía.

—Yo, contestó Gabriel con entereza. Ella lo ha querido; me lo ha exigido, me ha obligado á decírselo.

Doña Tula por toda respuesta me enlazó con sus brazos, y uniendo al mío su rostro marchito y lleno de piedad, se echó á llorar conmigo, confirmando así tácitamente la revelación que su hijo acababa de hacerme. . . . . .

. . . . . .

Ya ves, querida prima, cómo he sido engañada y abandonada por el hombre á quien tanto quise, á quien tanto quiero y á quien nunca dejaré de querer.